

ROSA Y AZUL



SUMARIO: El orgullo, por Eusebio Oliveres. — Cuentos del concurso.—La flor blanca.—El canto de la lechuza, por Luis Domínguez. — Las ocho maravillas del mundo: EL FARO DE ALEJANDRÍA.—Aclaración, por Juan Redondo Menduina.—Defensa de Génova.—Carta ilustrada.—Teología infantil, por Juan de Dios Peza.—Un perro fiel, por Francisco Guerrero.—La heroína, por Alfredo S. de la Escosura.—¡¡Cosas de la guerra!! por Leonardo Ordoño. — Los brillantes.—La cabrita blanca, por Federico Ledesma.—Correspondencia.—Historiefas, y las AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre
 Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero MADRID

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de **50 pesetas** á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



JUANITA ROSADO Y SOTOMAYOR
(DE 6 MESES)
Habitante en Plasencia (Cáceres)



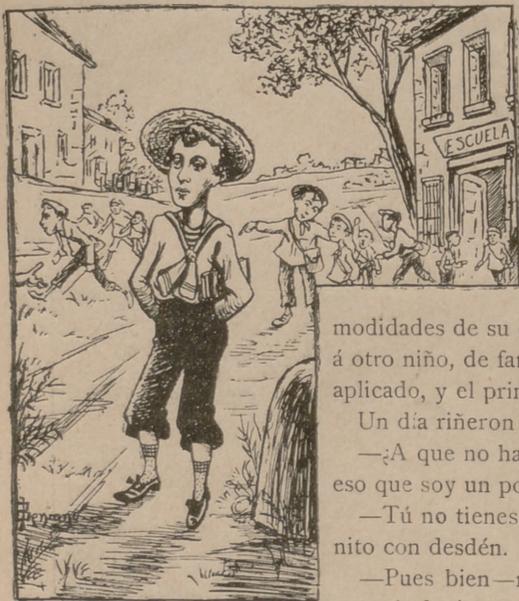
JOAQUÍN ROSADO Y SOTOMAYOR
(DE 85 MESES)
Habitante en Plasencia (Cáceres)

Advertencia.— A ruego del Sr. Rosado, padre de estos niños, hacemos constar que los cria según los consejos del Dr. Ulecia, insertos en el núm. 25 de **Rosa y Azul**.

EL ORGULLO

EN la escuela de un hermoso pueblo de la bella Andalucía, había un niño que, por ser de familia muy acaudalada, tenía á menos tratarse con aquellos de sus compañeros que eran pobres. Este niño se llamaba Juanito, y el maestro, que era un señor muy respetable y justo, le dijo más de una vez:

—Mira, Juanito, tus buenas cualidades para el estudio y la escritura, nadie las alaba ni reconoce por tu orgullo y vanidad. Es necesario que seas más humilde, que seas modesto



y trates por igual á todos tus compañeros. El hombre vale por sus obras no por su dinero. Las obras quedan y el dinero se pierde. Reforma tu carácter y ya verás cómo te quieren tus condiscípulos.

Juanito se avergonzaba por la reprobación del maestro, pero no se enmendaba y seguía siendo orgulloso.

Hablaba constantemente del mucho dinero que tenían sus padres y de las comodidades de su casa, queriendo mortificar, especialmente, á otro niño, de familia pobre, llamado Miguel, que era muy aplicado, y el primero en la escuela en la clase de escritura.

Un día riñeron Juanito y Miguel.

—¿A que no haces tú—le dijo Miguel—lo que yo haga, y eso que soy un pobre?

—Tú no tienes dinero para hacer nada—le contestó Juanito con desdén.

—Pues bien—replicó Miguel—yo, que soy más pobre que tú, daré esta sortijita de oro que tengo al primer mendigo que nos encontremos al salir á la calle. ¿A que no haces tú otro tanto?

Con efecto, salieron los niños del colegio, y Miguel dió su sortija á un pobrecito ciego que pedía limosna.

Juanito se burló de él, diciéndole que el dinero y las alhajas eran para gastarlos, no para dárselos á los pobres.

El maestro lo supo, y llamó á los dos niños.

—Toma—le dijo á Miguel—, toma este libro con láminas y un cuento muy moral, por la buena acción que has realizado dándole al pobre ciego la única limosna que podías darle. El ser caritativo es noble prenda, y yo te premio por tu obra.

Miguel se puso tan contento, y empezó á mirar las bonitas láminas del libro.

—Y tú—añadió el maestro dirigiéndose á Juanito—quedas hoy castigado en el colegio por no haber socorrido al necesitado.

Los demás niños se enteraron, y todos le dieron la enhorabuena á Miguel, censurando á Juanito por su orgullo y malos sentimientos.

Desde aquel día Juanito fué mirado con prevención por los muchachos, quienes prefe-

rían la amistad del bueno de Miguel, por su modestia, aplicación y honrosa conducta para con todos.

El padre de Juanito tuvo una desgracia en su fortuna, y vino á menos. En cambio el de Miguel aumentó el fruto de su trabajo, y se hizo rico.

Miguel no fué por eso orgulloso, sino que cada día era más bueno y cariñoso. En cuanto á Juanito, no perdió su vanidad y seguía reñido con todos sus compañeros.

Llegó un mes en que Juanito no pudo pagar al maestro la cantidad estipulada por sus padres, y enterándose Miguel fué á verlo.

—¿Qué quieres?—le preguntó Juanito conservando su orgullo.

—No quiero que me des nada, querido compañero, por el contrario, vengo á pedirte que me concedas un placer.

—Dime lo que deseas.

—Que me dejes pagar por tí al señor maestro la cantidad de que tú careces.

—¿Te burlas de mi desgracia?—le replicó Juanito incomodado.

—Al revés, me compadezco de ella, y quiero remediarla con tu permiso.

Juanito abrazó con cariño á Miguel, le confesó su ridícula vanidad y le pidió mil perdones.

Cuando el maestro supo este nuevo rasgo de Miguel, le dió un beso delante de todos los niños, y haciendo que le diera un abrazo á Juanito, dijo así á todos:

El rico debe ser humilde, y el pobre digno y severo. Los niños como Miguel son la alegría de sus padres y de sus maestros, y Juanito, con la lección que ha recibido, sabrá desde hoy que nadie es pequeño, y que el dinero no debe ser la medida del hombre, sino sus obras, su buena educación y sus nobles y levantados sentimientos.



EUSEBIO OLIVERES, *Catedrático.*

ADVERTENCIA.—Rogamos á las personas que nos ramiten boletines de suscripción no envíen el importe de éstos en sellos, pues tenemos tantos, que en dos años no los veríamos consumidos, y en los estancos, aun perdiendo un 5 por 100, no quieren tomarlos. La mejor forma para remesar los fondos es por medio de las libranzas de Prensa, que se hallan de venta en todos los estancos, y no es preciso certificar la carta. Igual recomendación hacemos á los Corresponsales.

Cuentos del Concurso

LA FLOR BLANCA

I

ELLA era hermosa, hermosa con esa hermosura que atrae y que seduce. Por su altivo continente, por la peregrina perfección de sus facciones hubiérasela tenido por una de aquellas matronas del siglo xv, que desde los más elevados puestos pasaban sin pena á la oscuridad de la vida doméstica. Él era altivo y supersticioso, supersticioso y altivo como los antiguos caballeros.

Los dos se amaban, se amaban con ese amor grande, sublime, inmenso, que sólo sienten las almas nobles.

El corazón de ella era caprichosillo y voluntarioso; el de él, noble y complaciente.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el carácter de los héroes de nuestra historia.

II

Llovía. Un frío glacial, horrible, reinaba en torno de aquel suntuoso hotel. Un fuerte viento agitaba los grandes árboles del jardín.

Junto á la chimenea de aquel soberbio gabinete, inclinada con indolencia en una de las butacas que componían el magnífico mobiliario, mirando sin cesar el fuego que se consumía lentamente, estaba Magdalena.

De pie, sombrío, inmóvil en medio de la estancia, se encontraba Fernando, contemplándola mudo, absorto, con tal insistencia que varias veces y como herida por una corriente magnética, la joven se había estremecido.

Magdalena lloraba, lloraba con esas lágrimas que no obedecen á nada; con esas lágrimas que con tanta facilidad asoman á los ojos de una mujer y que reconocen como causa principal la contrariedad de un capricho insignificante.

No bastan á veces para enjugar esas lá-

grimas las observaciones prudentes de los amigos ni los cariñosos consejos de los padres.

Así, pues, nadie había osado reprimir aquel dolor, del cual no conocían la causa. Al fin, Fernando, en calidad de prometido, se atrevió á preguntar:

—¿Por qué llora? ¿Qué le sucede? No valdame en explicármelo; que si está en mí...

—¡Basta! Es imposible que hable; ¡imposible!... me tacharía usted de loca.

—No obstante, yo deseo conocer la causa...

—¡Es inútil!

—¡No comprendo esa terquedad!

—Pues bien, va usted á comprenderla. Esta tarde, en el paseo, al borde de un espantoso abismo vi una flor, blanca como el armiño, hermosa y reluciente, que me atraía como un imán poderoso. Pero nunca pensé en pedirla, pues es imposible cogerla sin exponer la vida. Aquella flor me encanta, me seduce... ¡la quiero! ¿usted lo oye? ¡la quiero, la necesito!

—Nada más fácil: próxima á aquella flor vi otra igual, pero en sitio menos expuesto, puede cogerse con más facilidad. Si á usted le es lo mismo...

—No prosiga usted; todo es inútil. Nunca; jamás aceptaré aquella flor; quiero la otra; y si usted anhela mi mano, si su amor no es fingido, tráigamela usted.

—¡Pero señorita, usted no comprende que el peligro!...

—¿Tiene usted miedo?

—¡Señorita!...

—¿Es usted cobarde?

Aquello fué la gota de agua que rebosa el vaso. Produjeron en Fernando las palabras de la joven el mismo efecto que á un viajero que ha rodado al fondo de un precipicio, cuando á fuerza de puños ha logrado levantarse, una piedra que ha removido en su descenso, cae y le aplasta. Fernando dió un grito sordo y exclamó:

—¡Tendrá usted la flor, la tendrá; pero acuérdesse que puede costarle caro el capricho!

III

A la mañana siguiente, un apuesto y gentil caballero llegaba al borde del abismo donde se encontraba la flor blanca, y sin vacilar un momento, sin detenerse un instante á contemplar el impetuoso torrente que bramaba sordo á sus pies, llegó al sitio donde la flor estaba, y cogiéndola no sin grandes peligros, la alzó en señal de victoria.

Media hora después se la entregaba á Magdalena y la decía con tono solemne: «Aquí tiene usted la flor; ella le dirá á usted que todo ha concluído entre nosotros. Yo no puedo aceptar la mano de una mujer que no vacila en exponer mi vida por un capricho. Guárdela usted y no olvide que le ha costado acaso la felicidad.»

En aquel momento desfilaron ante los ojos de Magdalena los diecisiete años de su existencia.

(Tercero de los admitidos.)

LEMA: GIRASOL.

LA VIDA EN MADRID



Música deliciosa y muy barata.
La eterna polka y ¡ay! la eterna lata.

EL CANTO DE LA LECHUZA

EL tío Andrés, siempre que en su camino encontraba alguna persona, bajaba la vista al suelo y, mirando por el rabillo del ojo, mascullaba palabras ininteligibles.

Su fama en el pueblo no podía ser peor. Hombre adinerado, de un corazón duro é insensible, no encontraba más placer que contar y recontar sus monedas de oro, que incitaban la codicia de sus vecinos.

Nunca se le veía en los sitios donde solían reunirse las gentes del lugar.

Esquivando miradas, economizando palabras, vivía entre el desprecio de los unos y el odio de los otros.

En el pueblo oficiaba de párroco un hombre de rostro venerable, sembrando con sus palabras la tranquilidad en el espíritu y la paz en el alma. Era el pastor de aquel rebaño dócil y sumiso, que no conocía otro rencor sino el que tenía al tío Andres.

LA VIDA EN MADRID



Si os queréis evitar un chapuzón, ya podéis caminar con precaución.

Sucedió lo que pasa en la tierra desde que hay gentes, hay pasiones, hay envidias; aquel pueblo era muy chico; los pobladores muy buenas gentes, pero muy poco trabajadoras; el pueblo era fértil y productoras sus tierras. Era su vecino otro pueblo trabajador, que tenía sus miras en el pueblo chico. Un día, por un quitame allá esas pajas, vinieron á las

¡OJO CON LA PROPIEDAD!



No hay nada tan sabroso como la fruta del cercado ajeno; si no fuera porque á lo mejor viene el guarda y... ¡zás! garrotazo!

manos, y después de una hora de encarnizada lucha, donde los chichones y los cardenales se contaban por docenas, los del pueblo del tío Andrés quedaron vencidos y los

del otro vencedores. Primero un ligero rumor, como el viento cuando ligeramente mece las hojas de los árboles; después como un silbido sordo y penetrante; por último, un agitado mar, así fueron las voces dadas por los vencidos y vencedores ya en plena anarquía: ¡A casa del judío!

Y vió el hombre de facciones duras é incorrectas, que se trocaron lívidas, delante de su casa aquella masa de carne humana, que olvidando por un momento sus rencores, re-concentró todo su odio contra él solo.

Sus tesoros, su cariño, su alegría, su mundo entero, no estaban guardados, y con mano febril, nervioso, quiso ponerlos á buen recaudo; todo en vano: la puerta fué echada abajo.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado, atado convenientemente y despojado de aquellos tesoros, amasados con sangre humana, delante de sus ojos injectados.

Luego fueron desapareciendo uno á uno; después reinó un silencio de muerte, únicamente interrumpido por algún gemido; lágrimas que regaban un campo seco; lágrimas que ablandaban un corazón yerto de instintos buenos y endurecido por la codicia del oro.

Un rayo de luna indiscreto penetró en la habitación. ¡Ya no hería aquel oro y aquella plata que tanta alegría causaba al avaro en sus noches de placer!

Pasaron años. Los mozos que se dedicaban á la faena de la corta de leña veían una sombra que huía. Nunca se paraba; era como el viento, que no se puede coger. Una tarde cantaba el ruiseñor tristes trinos; el sol mandaba sus últimos rayos. Una lechuza, dando fuertes chasquidos, parecía llamar á la muerte. Un niño moría; un pobre andrajoso que vivía en el monte entregaba su alma al averno. Era el tío Andrés. La única plegaria por él entonada fué la de la lechuza.

LUIS DOMÍNGUEZ.

LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO

El faro de Alejandría.

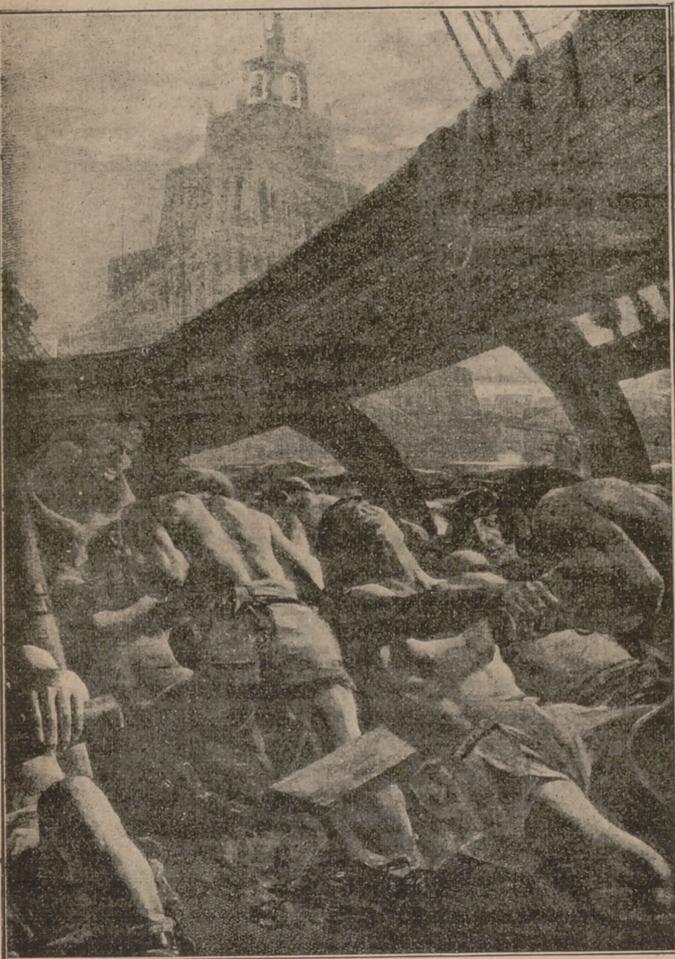
Así como las pirámides conservan su esplendor á través de los siglos, del faro de Alejandría sólo nos quedan las escrituras,

en el mundo. Pero las aguas causaban innumerables víctimas, estrellando entre las costas ininidad de embarcaciones. Cuando la

noche sorprendía á los navegantes con su oscuridad, era seguro el peligro de muerte, porque aquellos marinos no conocían la brújula, ni el reloj, ni los mapas, ni nada, en fin, de cuanto hoy sirve para sortear los peligros de la mar embravecida y de sus escollos.

Ptolomeo, que reinaba hacia la mitad del siglo III, antes de la Era Cristiana, apesadumbrado de que Alejandría amenguase su tráfico comercial por el peligro que ofreciera el puerto á los navegantes, hizo construir en la isla de Pharos una colosal *Torre de fuego*, de donde viene el nombre de *faro* á los edificios que hoy conocemos, copia de aquél.

El faro de Alejandría, formado por varias torres, se construyó, lo mismo que la mayoría de las casas de la ciudad, con mármol blanco. Su altura era de 160 metros, y su



por medio de las cuales se ha podido reconstruir esta maravillosa obra.

En los cuatro siglos que precedieron al Cristianismo, Alejandría fué emporio de civilización, y su puerto el de mayor tráfico

coste se aproximó á 800 talentos de oro (unos cuatro millones y medio de pesetas).

Terminaba tan prodigiosa obra por un hogar, que se alimentaba durante la noche con leña, cuyas llamaradas, extendiendo la

luz á más de 80 kilómetros, fueron salvadoras de gran número de vidas.

Mucho antes de arribar al puertó los marinos divisaban la luz amiga, el faro salvador que los indicaba la ruta. Entonces, encorvados sobre los remos, aceleraban la marcha, y á fuerza de titánicos golpes de remo, lograban verse pronto junto al faro.

¡Qué satisfacción les producía contemplar de cerca aquella torre gigantesca de la cual empezaron por ver primero una pequeña luz; luego una silueta!

En el faro había un guardián que sometía la embarcación á varias formalidades; cumplidas éstas, caían las cadenas y la nave iba

á tomar puesto entre las otras. Luego, los marinos saltaban á tierra, donde les esperaban las familias ó los amigos. Y allí, entre los brazos de los seres queridos, olvidaban las penalidades del viaje y daban gracias al magnánimo rey que hizo construir tan humanitaria obra.

Con las seguridades que ofrecía después de construído el faro, el puerto de Alejandría volvió á ser el primero del mundo, y la población gozó de bienestar. Prueba de lo benéficas que son las prerrogativas de un monarca cuando se emplean bien (1).

(1) Véase la primera de las maravillas en el número 28.

ACLARACIÓN (1)

AUNQUE he sido un poco tardo en la rectificación, hoy de su bondad aguardo que diga á don Eduardo de Santiago y Carrión, que si envía originales no tenga manga tan ancha como con *Los dos cristales*, pues se ha tirado una plancha de las más monumentales.

Cuando los versos oí pensé: cosa tal no vi. ¿Cómo á firmarlos se atreve? cuando yo los escribí el año setenta y nueve.

Y no ha sido mala broma, pues el muy guasón los toma de donde estaban escritos, y se copia los versitos sin quitar punto ni coma.

(1) ¡Quién había de pensar que el Sr. Santiago, indicador de lo que otros copiaban, era uno de tantos, y por añadidura dedicando á sus amigos lo que no había escrito! Vean ustedes lo que ganan enviando trabajos ajenos firmados como propios. Ahora, además de aguantar la vergüenza de una rectificación, tiene usted que sufrir el bochorno de lo que le diga esa señorita á quien tan mal ha tratado. ¡Habrà que oír!a!

Para la comprobación presento en la Redacción las pruebas de cuantó digo, para que lo sepa en Vigo el señor de Carrión.

Sólo una cosa hizo buena que á mí me llena de gloria y de entusiasmo me llena: poner la dedicatoria á la señorita Elena.

Y ya que la tiene escrita, aunque no me lo merezco, yo ruego á esa señorita que con gusto me la admita, pues con gusto se la ofrezco.

Y conste por conclusión y aunque él se enfade y me riña, que no son de Carrión, pues *Los dos cristales* son de

JUAN REDONDO MENDUÑA.

PENSAMIENTOS

Lo más bello de la hermosura de una mujer son sus hijos.

Los niños que á su maestro le demuestran respeto y gratitud son para él dulces las fatigas que con ellos emplea.

Sonó el puntero otra vez, y Juanito gritó y lloró de nuevo.

—¿Qué letra es ésta?

—¡No quiero decirlo!—gritó Juanito—. ¡No quiero decirlo! ¡No quiero, ea!

Volvió á sonar el puntero sobre sus hombros. Después hubo una pausa, y Bonnycastle volvió á decir:

—Esta es la letra B. ¿Qué letra es ésta? Dímelo inmediatamente.

Juanito, por vía de respuesta, echó la mano al puntero; pero en vez de asirle recibió otro golpe. Entonces se apoderó del libro y le tiró hacia el otro lado del cuarto. Otras dos caricias respondieron á esta acción. Juan trató de morder al señor Bonnycastle, y recibió otros cuatro punterazos que le hicieron caer sobre la alfombra gritando de dolor. Bonnycastle le dejó allí un rato para que se repusiera y entretanto se sentó. Al fin, las exclamaciones de Juan se convirtieron en sollozos, y entonces Bonnycastle, le dijo:

—Ahora, Juanito, ya ves que tienes necesidad de hacer lo que te mande; de otro modo vas á recibir nuevos golpes. Levántate inmediatamente, ¿me oyes?

Juanito se puso en pie inconscientemente.

—¡Bien, muchacho! Ahora que te has levantado obedeciendo mi mandato, observarás que no has recibido ningún golpe. En este momento vas á traer el libro que has arrojado antes; ¿lo oyes? Tráelo inmediatamente.

Juanito miró al Sr. Bonnycastle y al puntero, y aunque tenía intención de desobedecer, al fin recogió el libro y le colocó sobre la mesa.

—Muy bien—dijo el profesor—, ahora vamos á buscar la letra B; aquí está, dime, ¿qué letra es ésta?

Juanito no respondió.

—Dímelo inmediatamente—dijo Bon-

nycastle, levantando el puntero en el aire.

Aquella amenaza fué muy poderosa; Juanito miró al puntero, y antes que cayera sobre sus hombros se apresuró á gritar: ¡B!

—Muy bien, Juanito, muy bien; ahora que has concluido tu primera lección, retírate á acostarte. Has aprendido ya más de lo que pensabas: mañana comenzaremos de nuevo.

Tiró del cordón de la campanilla y mandó que fuese Juanito llevado á la cama á una habitación particular, y que no se le diera cena, pues el hambre facilitaría al día siguiente de una manera notable sus estudios.

El dolor y el hambre son los únicos que domestican á los brutos, y el mismo remedio debe aplicarse para dominar en el hombre las pasiones que le asemejan á los animales. Así pensaba aquél pedagogo.

Juan fué, pues, conducido á la cama aunque no eran más que las seis de la tarde. Se hallaba no sólo dolorido sino con ideas confusas en la mente; lo cual no es extraño, pues habiendo sido mimado durante toda su vida, jamás había recibido ningún castigo hasta entonces.

Después de recibir las caricias de su madre y de Sara, cuyo valor nunca había conocido; después de atracarse todo el día de cuantos manjares deseaba, encontrábase ahora sin madre, sin Sara, sin cena, lleno de dolores y, lo que era peor, sin haber podido hacer su voluntad. Cosas más que suficientes para sumirle en gran confusión.

Al mismo tiempo estaba ya subyugado, y, como dijo el Sr. Bonnycastle, había aprendido más de lo que pensaba.

¿Qué hubieran dicho la señora Franco y Sara si hubieran sabido lo que le pasaba?

¿Qué hubiera dicho también el Sr. Fran-

co, con sus ideas sobre los derechos del hombre?

Al mismo tiempo que Bonnycastle sacaba á Juanito los diablos del cuerpo, su padre se consolaba con la idea de que de todos modos en casa del Sr. Bonnycastle no se usaban los azotes; sin pensar en que, así como hay muchos medios de matar un perro sin ahorcarlo, los hay también para enseñar á los jóvenes sin recurrir al medio que podríamos llamar *à posteriori*.

Felices en su ignorancia, se retiraron á dormir aquella noche, sin pensar ni por asomo que Juanito había adelantado hasta el punto de comprender perfectamente los misterios del puntero.

En cuanto al muchacho, estuvo lloriqueando hasta que se durmió, que fué por lo menos seis horas antes que ellos.

CAPÍTULO V

JUAN ENSAYA LA SUBLIME FILOSOFÍA DE SU PADRE Y LLEGA CASI Á TOCAR LA VERDAD.

A la mañana siguiente Juan Franco se encontró no sólo muy dolorido sino también muy hambriento, y como el Sr. Bonnycastle le participó que además de tener abundantes *caricias* se vería privado del almuerzo si no aprendía las letras, fué bastante prudente para repetir todo el alfabeto, por lo cual recibió muchas alabanzas, que si no apreció en todo su valor, le agradaron mucho más que las *caricias*.

El Sr. Bonnycastle observó que había sujetado al muchacho con solo una hora de oportuna severidad; le entregó á los dependientes de la escuela, y como éstos se hallaban también autorizados para administrar la corrección en caso necesario,

Juanito llegó pronto á ser un muchacho tratable.

Pensará alguno que la ausencia de Juanito sería extraordinariamente sentida en su casa; mas no sucedió así. En primer lugar, el doctor Midleton había afirmado á la señora Franco que en la escuela no se daban azotes y que Juanito podría recibir en casa muchas veces el castigo que ya le aplicara su padre. En segundo lugar, aunque el señor Franco pensó al principio que la señora no podría resistir la separación de su hijo, pronto vió que la madre, sabiendo que el niño estaba bien, se encontraba mejor sin él. Un niño mal criado es siempre origen de ansiedades y disgustos, y después de la ausencia de Juanito la señora Franco halló una tranquilidad mucho más en consonancia con su carácter que la que antes tenía. Gradualmente fué acostumbrándose á su ausencia, y satisfecha con verle alguna que otra vez y oyendo los informes del doctor, al fin se conformó con que estuviera en la escuela y no volviera á casa sino los días de fiesta.

Juanito hizo grandes progresos; tenía capacidad natural, y el Sr. Franco se restringaba las manos de gusto cuando oía decir al doctor: «Sí, que esté allá un año ó dos más; después yo mismo concluiré su educación.»

En las vacaciones el filósofo padre procuraba inculcar en el ánimo del pequeño filósofo sus ideas sobre la igualdad y los derechos del hombre. Juanito parecía conceder poca atención á los discursos de su padre; pero en realidad demostraba que no caían en terreno estéril, pues tal partido sacaba de ellos que cogía cuanto se le antojaba sin pedir á nadie permiso.

Así fué educado nuestro héroe hasta que llegó á la edad de diez y seis años; en este tiempo se había hecho un mucha-

chote fortachón y de buena apariencia, y cuando quería discursar, lo hacía con mayor extensión aún que su padre.

Nada agradaba tanto al Sr. Franco como la locuacidad de Juanito.

—¡Muy bien! Discute ese punto, Juanito; discute, muchacho—solía decir al ver á nuestro pequeño filósofo disputando con su madre acerca de cosas triviales.

Después se volvía hacia el doctor res-tregándose las manos, y le decía:

—No lo dude usted: mi hijo dejará en mantillas, andando el tiempo, á Séneca, Sófocles y Epicuro.

Luego llamaba al niño y le daba una moneda como premio á sus objeciones.

De aquí que Juanito pensó que no había nada tan conveniente como las discusiones; y discutía con todos... menos con el profesor, porque éste empleaba unos argumentos demasiado contundentes. Puesto á discutir, volcaba el saco de los argumentos y se las tenía tiesas con los pasantes de la escuela, con los chicos, con sus padres y con cuantos se echaba á la cara. Comenzaba una argumentación y no había manera de hacerle concluir, pues el muchacho hallaba objeciones que oponer á todos los puntos.

Cierta mañana salió de pesca sin conseguir coger un mal pececillo. Regresaba ya hacia su casa cuando vió un estanque en que mil peces de varios colores agitaban sus cuerpos en la superficie de las plateadas aguas. Sentóse en la orilla y tendió los anzuelos; pero aún no habían picado en ninguno cuando se apareció el dueño del parque, y dándole un golpecito en la espalda le preguntó:

—¿Tiene usted la bondad de decirme cómo se llama?

—Ciertamente: me llamo Juan Franco para servir á Dios y á usted.

—Permitirá usted que le diga que obra

con demasiada libertad. Debía usted saber que se ha introducido en propiedad ajena.

El muchacho vió un discurso en perspectiva y se apresuró á lanzarle.

—Eso de propiedad ajena—dijo poniéndose en pié y empinándose una cuarta sobre los talones—se presta á una seria discusión. Introducirse en lugar ajeno, según el sentido lato y convencional, significa entrar en tierra ó propiedad ajena sin permiso de su dueño; pero yo, que no estoy conforme con el sentido lato y convencional, opino del siguiente modo: ¿No se ha hecho el mundo para todos? Y siendo esto así ¿quién tiene derecho, sea un particular ó una sociedad colectiva, para reclamar una parte del globo como cosa exclusivamente suya? De esta mi opinión voy á dar á usted una prueba con argumentos sólidos, irrefutables é incontrovertibles.

El propietario, que conocía á fondo á la familia de Juan, y se había reído más de una vez con las filosofías del Sr. Nicodemus, pensó disfrutar un rato con el muchacho, en quién veía una reproducción exacta del padre; pero deseando demostrarle que sus argumentos no eran suficientemente sólidos en aquella ocasión, se acercó á Juanito y le dijo:

—Aun concediendo á usted que sea una pequeña falta introducirse en propiedad ajena, no creo que usted tenga derecho alguno para llevarse los peces que yo he comprado. Con ellos he poblado el estanque, alimentándolos y consiguiendo verlos reproducirse. No puede usted negarme, pues, que esos peces constituyen una propiedad particular, y que cogerlos sin mi permiso es realizar un hurto.

—Eso es discutible, señor mío; pero dispéñeme, que há picado otro pez el anzuelo.

Tiró Juan de la caña y sacó una her-

mosa carpa que depositó en el bote, con gran indignación de los guardas que habían llegado, y con fuertes risotadas del dueño de la posesión. Puso cebo en el anzuelo, le echó nuevamente al agua y continuó su discurso con la misma calma que el más sesudo académico.

—Como íbamos diciendo—prosiguió—, las últimas palabras de usted son discutibles. Todos los seres de la tierra han sido facilitados al hombre para su uso (hombre, como usted sabrá, quiere decir ser humano, número singular y género masculino), y nunca pudo pensar el Creador que pudiesen ser un día objeto de monopolio. El agua, también es un don del cielo y fué creada para uso de todos.

¿Sería usted capaz de negar el agua? No, señor. Los peces están en el agua; luego tampoco puede usted negar los peces. Vengamos ahora al extremo de saber si los peces pueden ser de su propiedad. Si comiesen sólo por agradar á usted y servirle más tarde de alimento, tendría que argumentar mi discusión de distinto modo; pero como se alimentan y viven en virtud del instinto de que fueron dotados, tiene usted sobre ellos el mismo derecho que yo. Queda el punto por usted expuesto de que los da el alimento, y éste no necesita mucha discusión para demostrarle su crasísimo error. ¿Acaso porque dé usted á sus hijos el alimento necesario para vivir, está autorizado á comérselos? Pero, dispense, ha picado otro pez... ¡Se marchó!...

El propietario, cada vez más intrigado por las teorías del pescador, le dijo:

—Entonces, según usted, el mundo y cuanto en él se contiene está hecho para todos.

—Justamente. Esa es la opinión de mi padre, que es un gran filósofo.

—¿Cómo se explica entonces que su pa-

dre tenga propiedades mientras otros carecen de ellas?

—Porque los más fuertes han adquirido lo que no supieron retener los más débiles.

—¿Dónde está, pues, el principio de igualdad que usted sustenta?

—Una cosa es que los hombres hayan sido creados para ser iguales y otra es que no lo sean. Aunque todo se hizo para todos, los fuertes han logrado dominar á los débiles, cosa muy natural.

—¡Magnífico! ¿Conque usted lo cree muy natural?

—Sí, señor; mucho.

—Perfectamente: somos de la misma opinión. Yo y mis guardas somos tres, y constituimos la fuerza frente á usted, que es uno solo; siguiendo, por tanto, sus argumentos, me aprovecho de la ventaja que me da la fuerza y entro en posesión de esos peces que tiene usted en el bote. Jaime, coge esos peces.

—¡Poco á poco, señor mío! Falta aún discutir ese punto.

—Nada de discusiones: yo no hago otra cosa que poner en práctica sus argumentos. Ya me he apoderado de los peces; pero aún necesito algo más: la caña que usted tiene tan es suya como mía, y como yo represento aquí la fuerza voy á apoderarme de ella. Guillermo, coge esa caña; ya es nuestra.

—Me permitirá usted que le diga que aún cuando yo he expuesto mi opinión de que la tierra y los animales que en ella viven se hicieron para todos nosotros, nada he dicho acerca de que lo que el hombre crea para sí mismo, no sea de su propiedad.

—No estamos conformes. La planta de que ha salido esa caña se crió en la tierra común, y si usted ha creído que le convenía hacerse con ella un aparato para pescar, incurrió en un error tan craso

HERÓICA DEFENSA DE GÉNOVA POR EL GENERAL MASSENA

(1800)

El general Massena, con 15.000 hombres, defendía la ciudad de Génova contra los austriacos (Abril-Junio 1800).

Los víveres faltaban, y sin embargo era preciso sostenerse el mayor tiempo posible, porque de la resistencia de Génova dependían los éxitos de las operaciones que el general Bonaparte había emprendido contra el enemigo; éste pensaba, en efecto, caer sobre sus retaguardias mientras que estuviera ocupado en el sitio de Génova. Esta audaz combinación resultó muy bien, y el ejército austriaco, derrotado en Marengo por el *generalito* (así le llamaban á Napoleón sus soldados y los austriacos), fué obligado á capitular.

Tal era la situación general.

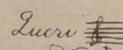
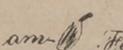
Por la firmeza de carácter y la energía de alma, Massena dominaba los acontecimientos y estaba decidido á recurrir al último extremo antes que rendirse. Hizo recoger los granos existentes en Génova; puso el ejército y el pueblo á ración y se procuró así quince días de víveres. Nuevas buscas produjeron en conjunto granos de toda especie: cen-

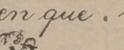
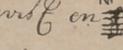
teno, avena, maíz y otros, para alimentarse con este mal pan durante otros quince días. Estos recursos sostuvieron medianamente á los sitiados desde el 5 de Abril al 10 de Mayo. Ya se redujo la ración cotidiana; ésta se hacía á manera de una sopa con yerba y lo poco de carne que quedaba en la ciudad.

Entretanto se luchaba casi todos los días por ocupar á los austriacos en el sitio y que no hicieran caso de lo que pasaba detrás de

CARTAS ILUSTRADAS

Pal D  194

Lucr  am  Fer  n el mir 

quin  al  en que  tuvi  en 

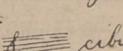
vinieron  2  que se llamaban 

W to? y? Aga  y me entregaron una

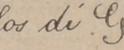
que de Gron  tuya y en la Cal

me  11   de

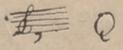
 D. 50   y 2 de 500.

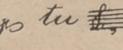
Yo :: no ha   cib  ::

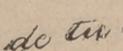
otras B ces me  man  no

si  s. quise dar y los di  que vine

 n el  C.  n + X a 

 Q. er  s á Ed  y  a

 y tu  a B un a 

de tu a  go que te quiere de 

José Muñoz

ellos. El 10 de Mayo Massena ya les había muerto ó hecho prisioneros 18.000 hombres, con una guarnición que apenas si se componía de 15.000. Desgraciadamente los víveres disminuían é iban á faltar en seguida.

El pan, del cual se vivía desde largo tiempo, estaba hecho con avena, habas y otros granos que se habían podido procurar. La carne de ganado estaba consumida; se había comido la de caballo; cuando no tuvieron de ésta se alimentaron con los animales más inmundos.

El 23 de Mayo el pan de avena y de habas había desaparecido, y Massena hizo componer otro con almidón, grano de lino y cacao recogido en los almacenes de Génova. Los soldados no podían tragarlo y menos aún digerirlo. El pueblo, reducido á una sopa de yerbas por único alimento, experimentaba todas las angustias del hambre. Para contener á estos bravos, Massena hacía dormir al sereno una parte de sus batallones, con la mecha de los cañones encendida, sobre una de las más principales posiciones de la ciudad. La grandeza de su alma no se desmentía un instante. Comiendo el pan afrentoso de sus soldados; viviendo con ellos bajo el fuego del enemigo; soportando los sufrimientos físicos, las penalidades del mando, imponía respeto al pueblo y al ejército.

—*Antes de rendirse*—decían los soldados—*nos hará comer hasta sus botas.*

Las calles estaban sembradas de desgraciados expirando de inanición, y de mujeres extenuadas que exponían á la caridad pública los niños que no podían alimentar. Otro espectáculo espantaba al pueblo y al ejército; era el de los numerosos prisioneros que Massena había hecho y para los cuales no había ningún alimento. No quería devolverlos bajo palabra desde que vió á algunos que habían sido rescatados en las filas enemigas.

Cada día el número de soldados disminuía; estaban débiles de tal manera, que se les ha-

bía permitido sentarse durante la guardia. Comenzaban á desesperar, y algunos fueron á entregar las armas. Massena les dirigió una buena proclama, en la cual les recordaba los deberes del soldado, que consisten, tanto en soportar las privaciones y sufrimientos, como en desafiar los peligros, mostrándoles el ejemplo de sus oficiales comiendo los mismos alimentos y haciendo cada día matar ó herir á su cabeza.

En fin, el 4 de Junio no quedaban más que dos onzas por hombre de este pan afrentoso, compuesto con almidón y cacao. Consumidas estas dos onzas estaba forzado á rendirse si no quería obligar á los soldados á devorarse los unos á los otros. El 5, Massena entabló negociaciones con el enemigo.

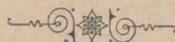
Él quería que su ejército pudiese retirarse libremente con armas y útiles, á banderas desplegadas, teniendo la facultad de servir y de combatir cuando hubiera pasado las líneas de los asaltantes.—*Si no*—decía él á los parlamentarios enemigos—*yo saldré de Génova con las armas en la mano. Con 8.000 hombres valientes me presentaré en vuestro campo y combatiré hasta que eso se arregle.*

Le querían hacer prisionero; se creía que intentase alguna empresa importante sobre la retaguardia del enemigo. Él lo negó con indignación y obtuvo por fin que 8.000 hombres salieran con los honores de la guerra á reunirse con el ejército del general Luchet.

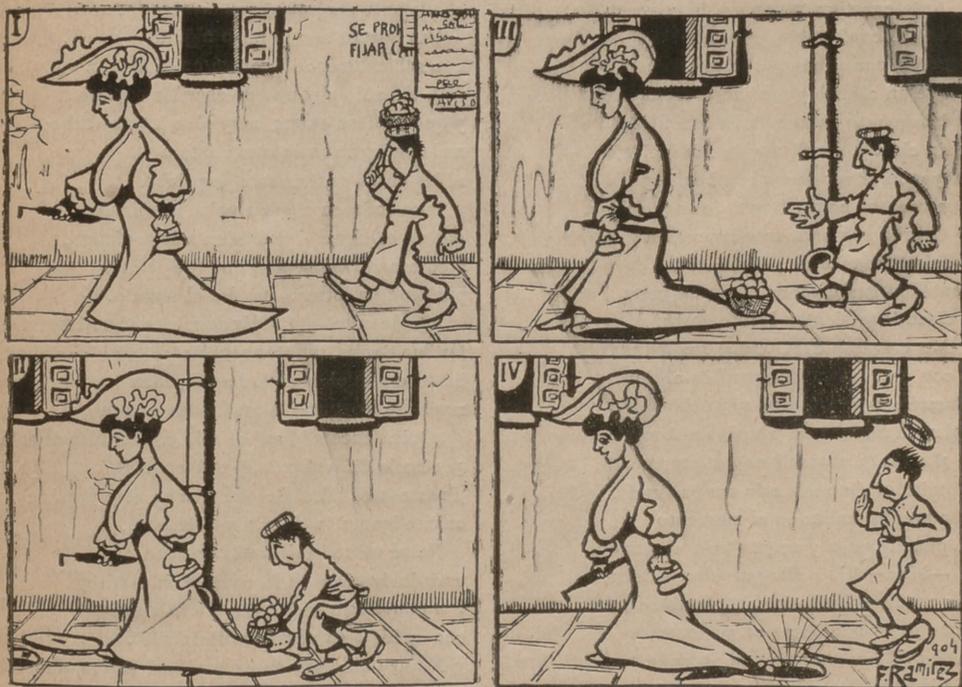
El convenio fué firmado el 4 de Junio por la tarde, después que se había perdido toda esperanza de socorro. No se usó la palabra *capitulación* porque Massena no la aceptó; los oficiales enemigos que él tenía, llenos de admiración, le colmaron de elogios y señales de respeto.

Traducido del francés por IGNACIO RODRIGO.

(*Lecturas del soldado.*)



EN EL PECADO..... (Historieta muda por Ramírez.)



TEOLOGÍA INFANTIL

LECTOR, ¡hasta de teólogo haré alarde!
 Con Juan, con Margarita y con María
 tuve ayer, á las cuatro de la tarde,
 una gran discusión de teología.

Nunca estudié esa ciencia ni me viste
 en tratos con los sabios tonsurados,
 ni tuve como muchos «noche triste»
 ni conozco los cánones sagrados.

Peró tienen los niños unas cosas
 y hacen tales preguntas á su modo,
 que entre muchas misiones peligrosas
 tiene un *papá* la de explicarles todo.

Pregunta existe que en su fondo encierra
 un gran caudal de ciencia comprimida:
 «¿Por qué nacen los hombres en la tierra?
 ¿Cómo vienen los hombres á la vida?

¿Quién ha clavado el sol en el espacio?
 ¿Quién construyó tan alta una montaña?

¿Por qué enferma el que vive en un palacio
 y está sano el que habita la cabaña?»

Y otras cuestiones con diversos temas
 sacados de dos mil filosofías
 que llaman en las cátedras problemas
 y en el hogar se llaman niñerías.

La primera razón en ciencias y artes
 la inquiera el niño en la materna falda.
 —¿Dónde está Dios?—pregunta—En todas partes.
 (Tal dice el Catecismo de Ripalda.)

Peró esto que al principio satisface
 por ser la solución fácil y nueva,
 después no lo conforma y no le place;
 busca el último análisis, la prueba.

Ayer, hablando en el idioma llano
 que en nada amengua el paternal respeto,
 después de que Margot tocó en el piano
 un fácil *pot-pourri* de Rigoletto,

Se vino á mí con intención penosa
 y así como entre veras y entre chiste,
 me dijo, en mis rodillas apoyada:

«Tú me vas á probar que Dios existe».

Ante cuestión tan ardua, lo confieso,
me sentí confundido, anonadado,
y por ganar el tiempo, le di un beso,
saqué un cigarro y me quedé callado.

Margot me contemplaba con fijeza
y sin chistar, pendiente de mis labios,
creyendo al ver desnuda mi cabeza
que cuantos calvos hay todos son sabios.

Oyeron sus hermanos la pregunta
y dejando muñecas y tambores,
sentados gravemente, como en junta
á discutir se sientan los doctores,

Me clavaron cual dardos sus miradas
y con gran confusión, perdido el tino,
diserté con razones no pensadas
sobre la *Summa* de Tomás de Aquino.

¿La razón natural? no era argumento.
¿Intuición? Que misterio tan profundo.
Era preciso hallar en el momento
lo que entiende y acepta todo el mundo.

—Mira—dije á Margot—tienes delante
los papeles que Juan llenó de trazos,
con ellos voy á hacer en un instante
más de dos centenares de pedazos.

Llévalos, y con ellos en tu alcoba
formas una montaña de manera
que no pueda ni el viento ni la escoba
cambiar su forma ni sacarlos fuera.

Con gran seguridad—el caso es grave—
tapas puertas, rendijas y ventanas
y sin prestar ni á tu papá la llave
dejamos que transcurran dos semanas.

El término se vence, llega el día
en que abrimos la puerta con anhelo
y encontramos tú y yo, Juan y María
regados los papeles por el suelo.

¿Quién podrás figurarte que habrá sido?—
Dije aquí terminando mis razones.
Y los tres, declarándome vencido,
exclamaron en coro: «¡Los ratones!»

—Los ratones, muy bien; pero si hallamos
que con esos pedazos que pusiste
se ha formado en la alfombra que pisamos
un letrero que dice: «Dios existe»,

¿Diréis que los ratones lo pusieron?
¿Diréis que el viento lo escribió á su paso?
¿Diréis que los papeles se movieron
ó que el letrero lo formó el acaso?

Y me responde Juan que es el más tuno
con infantil serenidad que arroba:

—Ese letrero nos lo puso alguno
que sabiendo escribir entró en la alcoba —.

—Ya; sólo alguno que escribir supiera
y que pudiese entrar, muy bien lo has dicho;
nada pudiera ser de otra manera
ni las cosas se forman al capricho.

Pues todo en negra alcoba imaginaos
que se halló en el desorden más profundo,
y en esa alcoba oscura que fué el caos
pusieron un letrero que fué el mundo.

¿Quién entró allí dejándonos por huellas
fértiles tierras, montes seculares,
brillando en el espacio las estrellas
rugiendo siempre los profundos mares?

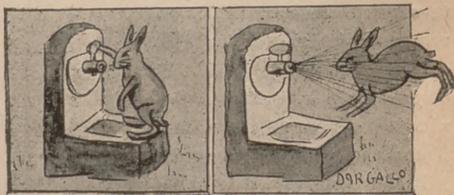
¿Quién encendió allí el sol? ¿Quién hizo al hom-
bre? ¿Quien le dió voluntad y pensamiento? [bre?
¿Pues ese es Dios! Se encierra en este nombre
cuanto ignora la ciencia y el talento.

No sé como será; nadie lo sabe,
está del hombre en la conciencia escrito,
y no hay astro ni flor que no lo alabe
con su luz ó su aroma en lo infinito.

No hay obra sin autor; y el que ha creado
cuanto de forma y de color reviste,
ese se llama Dios, y está velado
á los ojos del hombre, pero existe.

JUAN DE DIOS PEZA.

POR «CURIOSO»



Un conejo imprudente
quiso probar el agua de una fuente;
pero la fuerza de la llave es mucha
y el conejillo se ganó una ducha.

Bebed el agua en vaso ó en porrón
y libres os veréis de un chapuzón.

(Dibujo del niño Remigio Dargallo).

Un perro fiel

UN comerciante que tenía un hermoso perro, vióse precisado á ir á la ciudad próxima á cobrar una cantidad de dinero que le debían, para lo cual montó á caballo y partió acompañado del can.

Habiendo acabado sus negocios en aquel sitio, ató el saco de dinero á la montura del caballo y se puso en camino para su pueblo. Habría caminado algunas leguas cuando, sintiéndose cansado, desmontó, y sentándose á la sombra de un árbol, puso el saco de dinero á su lado y quedóse dormido.

Cuando despertó y fué á montar de nuevo, lo dejó olvidado. El perro observó esto y quiso coger el saco; pero era tan pesado que no pudo moverlo. Entonces corrió hacia su amo ladrando y aullando para recordarle su olvido. El comerciante no entendía estas señas, pero el perro continuaba en sus esfuerzos, y por último intentó parar al caballo mordiéndole las rodillas.

El dueño pensó que el perro estaba hidrófobo é intentó hacerle beber en un arroyo que corría por allí; mas el perro no tenía sed y siguió mordiéndole las patas del caballo con más violencia aún que antes. El comerciante adquirió entonces la certeza de que el perro estaba rabioso, y sacando una pistola la disparó sobre él. En un momento el pobre perro cayó al suelo revolcándose en su sangre, y el amo, incapaz de verle morir, espoleó á su caballo.

—Soy muy desgraciado—dijo—, mejor hubiera querido perder mi dinero que mi perro.

Diciendo esto alargó la mano para coger el bolso; no encontrándolo reconoció su olvido y comprendió las señas que el perro había hecho.

Volvió el caballo para ir al sitio de su parada; vió manchas de sangre en el suelo, pero no vió al perro por ninguna parte. Por fin

llegó al sitio donde había descansado y junto al saco olvidado hallóse al perro guardándolo. Al ver á su amo, el animal demostró su alegría, y meneando la cola trató de levantarse; mas sus fuerzas estaban agotadas, y lamiendo la mano de su amo quedó muerto.

Remitido por FRANCISCO GUERRERO.



La heroína

EL batallón había recibido la orden de partir. Eramos 800 hombres. El enemigo, según nuestras noticias, estaba atrincherado sobre un cerro; contaba con fuerzas superiores á las nuestras y algunas piezas de artillería. Pero nosotros confiábamos en el triunfo. Teníamos un león por jefe: un hombre que no retrocedía ante el peligro. Lo único que nos preocupaba era Dolores, la hermana del sargento Núñez, nuestra cantinera. Queríamos dejarla en el pueblo donde teníamos establecido el campamento; pero ni las súplicas de su hermano ni nuestros ruegos bastaron para disuadirla. Quería luchar con nosotros, vencer ó morir.

Al fin emprendimos la marcha. No habíamos andado tres leguas cuando divisamos al enemigo. Una nube de pólvora y metralla cayó sobre nosotros. El coronel dió orden de retroceder. ¿A qué obedecía esta orden? ¡Retroceder á la primera descarga! Pronto comprendimos que la orden obedecía á razones de táctica, y nos ocultamos entre la maleza. El enemigo dejóse atraer por esta maniobra y avanzó en nuestra persecución. Entonces caímos sobre él con la velocidad del rayo causándole numerosas bajas. El coronel, con voz potente, nos alentaba para que no retrocediésemos; y animados con su ejemplo avanzábamos hasta llegar al grueso del ejército enemigo; entonces, una nube de metralla en-

volvió el cuerpo de nuestro jefe. Entre los resplandores de los fogonazos y columnas de humo distinguimos la sombra de una mujer. Era Dolores que nos traía incólume el cuerpo de nuestro coronel.

Un grito de alegría resonó en el espacio. Pero Dolores, que había recibido infinidad de heridas, al llegar adonde yo me encontraba, vaciló y cayó muerta en mis brazos. Al fin tomamos el maldito cerro; pero su ocupación nos costó mucha sangre y la muerte de la valerosa cantinera.

Remitido por ALFREDO S. DE LA ESCOSURA.

Baturrada



—¡Qué mal toca, Luterio!

—¡Otra qué! ¿No ves que está distraída con la lectura?

¡¡COSAS DE LA GUERRA!!

EN la ciudad de X vivía un matrimonio pobre en compañía de un hijo de unos diez años. La pobreza iba aumentando cada vez más en aquella familia, hasta el punto de que un día ideó el padre salir de su casa para buscar fortuna. Manuel, que así se llamaba, se despidió de su mujer y del niño y tomó el camino de la ciudad más cercana, con el fin de ver si mejoraba su situación. Mientras tanto la madre pensaba colocar al niño en una fábrica, donde pudiera aprender, y al mismo tiempo ganar algo para ayudarla,

pues con lo que la pobre mujer sacaba hilando apenas había para el sustento. El niño iba creciendo, y los años necesarios para ir al servicio se iban acercando. Por fin llegó el día en que le tocaba entrar en quintas y el joven sacó en el sorteo un número bajo. La nación vecina había apresado un buque y los resentimientos habían empezado á reinar entre las dos, hasta el punto de declararse una guerra. A esta guerra le tocó ir á nuestro joven. La madre no dejaba ni un solo día de leer todos los periódicos para saber noticias referentes á la guerra. Un día recibió una carta en la que le decían que su hijo había sido herido de un balazo en el pecho y que le mandaban al hospital de la población. La pobre madre, llena de angustia, salió en dirección del hospital para ver si había venido su hijo. Una vez allí, empezó á buscar por todas partes, escuchando los ayes lastimeros de los heridos, fijó la vista en su hijo que estaba sobre una cama con los ojos cerrados. Se acercó á él y le llamó. Al oír la voz de su madre, el herido abrió con trabajo los ojos é hizo un esfuerzo para darla un abrazo; pero las fuerzas le faltaron y expiró.

Y mientras la pobre madre lloraba sobre el cadáver de su hijo, un oficial que pasaba por allí, la dijo con amarga ironía: «¡¡Cosas de la guerra!!»

Remitido por LEONARDO ORDOÑO.

Los brillantes

LLÁMASE brillantes á los diamantes tallados de cierto modo. Los brillantes alcanzan unos precios muy considerables: el emperador de Rusia tiene uno que vale dos millones de pesetas; el de Austria tiene otro valuado en dos millones y medio de pesetas: este brillante es amarillo; Francia tiene otro cuyo valor excede de cuatro millones de pesetas: en tallar este diamante se emplearon dos años. El brillante de más precio que hoy se conoce es el que posee el emperador del Mogol (África) que pesa 56 gramos, tiene una figura como la de un huevo cortado por medio y vale doce millones de pesetas.

LA CABRITA BLANCA

EN un pueblo de la provincia de Málaga vivía un matrimonio con dos hijos, llamados Rosita y Eduardito, de cuatro y seis años, respectivamente. Dicho matrimonio daba por la mañana el almuerzo á sus hijos, y les decía que se fuesen á jugar al campo. El padre se iba entonces á trabajar á una obra que había á dos ó tres kilómetros del pueblo, y la madre hacía las faenas de la casa.

Como el padre no podía venir á comer por estar demasiado lejos, Eduardito le llevaba la comida y comían juntos, mientras la madre y la pequeña Rosita lo hacían en la casa. Cierta día, al llevar la comida el niño á su padre encontró un rebaño de cabras, entre las cuales había una que llamó poderosamente la atención del niño: era blanca del todo. Se dirigió el niño á ella, le dió un pedacito de pan y la cabrita se lo comió y empezó á hacer cabriolas de contento.

Así se fueron viendo todos los días, hasta que su padre vino á su casa y dijo que se había terminado la obra.

¡Qué lástima! ¡Ya no podían verse Eduardito y la cabrita! El padre no encontraba trabajo por ninguna parte, y el pobre Eduardito tenía que salir á pedir limosna por las calles del pueblo.

Un día, estando jugando en la puerta de la casa Eduardito y su hermana Rosita, se presentó la cabrita, y empezó á lamer á los niños. Entró Eduardito á decirselo á su mamá, y la cabrita detrás. Vino el pastor y se llevó á la cabrita, que se alejaba á viva fuerza dando balidos de tristeza. Pasaron días, y la cabrita viniendo siempre y el pastor á por ella.

Viendo el pastor que la cabrita quería tanto á los niños, se la regaló, y así, con la leche que daba pudieron ir pasando hasta que el padre encontró trabajo. Eduardito sacaba á la cabrita por la mañana y por la tarde al campo; y todos los días tenían dos cuartillos de leche.

Cuando murió la cabrita Eduardo tenía diez años, y como era de buen corazón, la enterró en el jardín de la casa en un rincón, y puso un rótulo que decía así:

Aquí yace la cabrita,
que se llamaba *Blanquita*.

Remitido por FEDERICO LEDESMA.



P. T. Rodríguez.—San Sebastián.—Corregiré el cuento y se publicará; pero tenga paciencia porque hay muchos aguardando.

R. Molina.—Madrid.—Basta una prueba en papel con tal que esté bien hecha.

Flora Gilmán.—Madrid.—Admitido.

José Rodríguez Mata.—Salamanca.—La segunda estaba bien.

Salvador Alonso de Medina.—Játiva.—Vea usted el número 21 y en él hallará el cupón número 13.

Manuel Roca.—Algeciras.—Se publicará.

J. R. de Castro.—Idem.—Lo mismo digo.

Juan Cano Maresco.—La Línea.—Los pasatiempos sirven; *La mariposa* adolece de ciertos defectos que no me permiten publicarla. Hay que estudiar un poco más, amigo Cano.

Francisco Guerrero.—Idem.—Digo á usted lo mismo respecto á los pasatiempos; la historieta es antediluviana. Gracias por la oferta y á la recíproca.

Gabino de Orbe.—Miranda de Ebro.—Se publicarán.

Angel-Macias.—Entran en turno sus trabajos.

José López-Amor.—Madrid.—Los dibujos pueden ser en cualquier papel con tal de que sea grueso, y la tinta china. De lo que me ha enviado aprovecharé algo. Cuando pueda pásese por la Redacción de seis á nueve; el Director tiene que hablar con usted.

José López S.—Se publicará el pasatiempo.

Eladio de Santos.—Madrid.—Idem.

Luis Gómez.—Santander.—¡Cree usted que tienen poco los rusos para irles con bromitas?

LISTA DE SUSCRIPTORES

(Continuación.)

José Franco.—José Rodríguez Mata.—Sres. Beneyto y Gasset.—José Cadali López.—Rafael Moore. Joaquín Sánchez-Blanco.—Luis Sardá.—Carlos Ramón de Lejarza.—José María Pendás.—Gloria Marín. Manuel Dussailant.

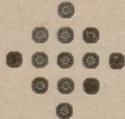
(Se continuará.)



CONVERSACIÓN CHARADÍSTICA por J. Ramírez.

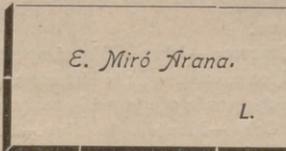
- ¿Dónde *tercia* usted, Pepito?
- Voy de *prima cuarta* á *segunda* montaña.
- ¿Cómo es eso? ¿No le dieron á usted *todas* en los exámenes?
- Sí; pero no lo saben en *prima*-sa.

ROMBU por Blas Pérez y Cía.



Sustituid los puntos por letras de manera que horizontal y verticalmente digan: 1.º, consonante; 2.º, tiempo de verbo; 3.º, animal; 4.º, astro, y 5.º, consonante.

TARJETA por Gil Farrán.



Buscad el nombre de una conocida zarzuela.

JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

Amar...
Temer... } IDAD
Partir...

CUADRADO por Antonio Marquerie.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, en las calles; 2.º, en el estanque; 3.º, en las casas; 4.º, apellido, y 5.º, en la cabeza.

SUSTITUCION por Carlitos Lefeves.

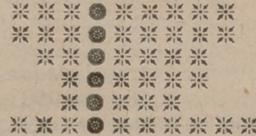


Sustituid las estrellas por consonantes y los puntos por vocales y leed el apellido de un célebre pintor.

CHARADA por J. L.-Amor.

El *prima terciá* me dijo,
punto en *tres prima*, Moisés,
que si sé que dices algo,
y en el *dos cuarta* yo caigo
vas al *todo* por un mes.

COMBINACIÓN por J. Egea.



Sustitúyanse las estrellas y puntos por letras y se leeran horizontalmente seis nombres de pueblos de España, y en los puntos la capital de una nación.

FUGA DE VOGALES por R. Molina.

B.sc. n. fl.r . tr. fl.r
c.m. .l.m.r .l.m.r

SOLUCIONES

A las preguntas por C. de Galisteo: 1.ª, PORQUE ELLOS NO SE LO PUEDEN PONER; 2.ª, EN LAS MUÑECAS.

Al jeroglífico por J. L.-Amor: ESMALTE.

A la copa numérica por Enrique Ibáñez:

R O M B O I D E
B I O M B O
D E D O
D E
D O
R E I R
R O M E R O

A las charadas rápidas por Vicente Mas: CALDERON; CASIANO.

A la tarjeta por Pompeyo Lozano: LA PATRONA DEL REGIMIENTO.

Al jeroglífico por M. Caldeiro: ENTREVISTA.

Al cuadrado por A. G.:

M A S A
A M A R
S A L A
A R A R

A la charada por R. Almonacid: AMOROSA.

A la combinación por M. Hernández:

M U R C I A
A L I C A N T E
G R A N A D A
G E R O N A
V A L E N C I A
C A D I Z

NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 27 ROSA Y AZUL consta de 24 páginas, y es la que da más lectura y la más barata de cuantas se publican.

Las cuatro páginas que le aumentamos, de papel rosa, impreso con tinta azul, están destinadas á la publicación de las interesantes

Aventuras

de un pequeño filósofo

ESCRITAS POR EL CAPITAN MARRYAT

cuya traducción del inglés se ha hecho expresamente y con todo esmero para esta Revista.

A pesar del aumento de gastos que esto supone, ROSA Y AZUL continuará vendiéndose á **15 céntimos**.

De este modo correspondemos al creciente favor que el público nos dispensa.

PERCHAS "Navas y Comp^a"

(Con patente)



Recomendables
para los Colegios
y particulares 

    No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas    

  Pidanse precios á los señores NAVAS Y
COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

50 céntimos.

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á **15 céntimos**.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

Precios módicos.—Horas: de 9 á 12 de la mañana. — Diríjanse á Malasaña, 28, primero de recha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
" 1.º (2.ª sección) "	0,25 "
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 "
Pepe 2.º "	0,50 "
Pepe 3.º "	0,75 "
Pepe 4.º "	1,00 "

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados
y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Estudios de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Ídem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.....	0,15
Ídem de Higiene y Fisiología Humanos.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio
Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA
Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado.
Dirijan los avisos á la Administración de
esta Revista.

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
para sorprenderos, pero causan graves tras-
tornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gas-
tralgias, úlceras, diarreas,
vómitos y cuanto revela malas digestiones se
cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida
en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10
reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

Trajes dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 "
Gergas y estambres..	10 "
Piqués superiores... 8	8 "
Alpacas elegantes... 15	15 "



Cuellos novedad, chalinas,
sombreros paja y colección
grandísima de géneros para
la medida.

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**
— con cocaína —

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de
garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-
ciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thlocol-cinamo-
vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para
combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid